

Simbolismo y metafísica (La interpretación «metaempírica» del Símbolo)

Isidro Muñoz

Los problemas de la metafísica y el simbolismo

Es bien conocida la premiosa situación de ahogo y asfixia en que se encuentra hoy la metafísica, y toda concepción del hombre abierta a la trascendencia religiosa. Y no es sólo lo cerrado de las críticas filosóficas: el materialismo, en nombre de la ciencia; las concepciones de la praxis social o revolucionaria, que desdennan toda actitud contemplativa desinteresada. Es que la situación misma de la vida, deshumanizada en gran medida, como resultado de una civilización tecnocrática, sofoca todo impulso de trascendencia. No se quiere con esto juzgar como malas las fuerzas gigantescas desencadenadas por el hombre moderno y su tecnología, sino advertir que estas fuerzas no han sido todavía domesticadas, humanizadas.

Con el empeño de que no se cierren los caminos, de que no se nos cieguen las fuentes, expongo unas reflexiones sobre el símbolo, como ámbito de apertura a la trascendencia. No es en el borde ambiguo de la interpretación concreta de los símbolos particulares donde quiero situarme. Es en el significado conjunto de *la simbolicidad sensible*: toda la experiencia sensible concreta está cargada de contenidos metasensibles —pensemos en las estructuras matemáticas que atraviesan su regulación— y toda ideación, por abstracta y pura que sea, está lastrada, por necesidad, de imágenes y esquemas sensibles.

Se busca con ello emplazar la metafísica en diálogo tenso, cuerpo a cuerpo, con las interpretaciones reductivas del simbolismo sensible por parte de las posiciones materialistas, tantas y tan variadas en nuestro tiempo. Más en concreto, se trata de acercarse a las zonas de experiencia profunda o «metaempírica», a las cuales nos abre la misma experiencia inmediata, para situar dentro de ella la experiencia y conceptualización metafísica, desde las

Simbolismo y metafísica (La interpretación «metaempírica» del Símbolo)

constelaciones simbólicas que le sirven de base. Es decir, se busca situar la metafísica *en y desde* la interpretación «metaempírica» del símbolo.

Dos interpretaciones del símbolo: cerrada o reductiva y abierta o «metaempírica»

Suele caracterizarse al símbolo por la «diferencia» o ruptura de nivel entre el significante y el significado, entre lo sensible de la imagen y los contenidos éticos o estéticos, vgr., que se expresan. Esto, frente al signo funcional u homogéneo — pensemos, por ejemplo, en la flecha como signo de dirección espacial—, en el cual el significante y el significado son del mismo orden sensible. Sin entrar en las precisiones y matizaciones que el caso requeriría, digamos que esta ruptura o «corte» hace ver en el símbolo — como evocadas, o como por transparencia interior—, zonas de significado que «superan» el plano inmediato de lo objetivo sensible, pero precisamente como interiores a él. El símbolo ha sido asumido, por ello, en filosofías preocupadas por la interioridad y el sujeto, o por la transcendencia metafísica, de cualquier orden que sea, como «ontología fundamental», como interpretación del sentido y del valor, como preocupación por el misterio ontológico o religioso¹.

¹ Para un planteamiento de la metafísica en relación con el símbolo (dejando aparte la tradición platónica y medieval, que habría que reconsiderar en la perspectiva moderna del símbolo), es necesario remontarse a la tradición idealista en KANT (la relación entre esquema y categoría, la relación entre intuición y sentimiento, intuición e ideas estéticas, como simbolización del mundo moral y religioso (*Crítica del juicio*, 58 y 59; etc.), en HEGEL y su concepción de la «Vorstellung», en LACHELIER (cfr. MILLSET L., *Le symbolisme dans la philosophie de Lachelier*. París, 1959) y particularmente en el neokantismo de E. CASSIRER (cfr. especialmente CASSIRER E., *Esencia y efecto del concepto de símbolo*. Méjico, 1975. HAMBURG C. H., *Symbol and Reality. Studies in the Philosophy of E. Cassirer*. The Hague, 1970, en relación particularmente con CASSIRER E., *Philosophy of Symbolic Forms. III-Phenomenology of Knowledge*. London, 1957).

En el existencialismo son importantes las aportaciones de HEIDEGGER (cfr. *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Trad. y comentario de J. D. GARCÍA BACCA. Mérida-Venezuela, 1969, *Arte y poesía*. Méjico, 2.ª edic. 1973), que lleva el tema hasta la «ontología fundamental» (cfr. CASENEUVE G., *Heidegger and Metaphor: T. Philos. Today* 2 [1982] 140-147). También GUSDORF G., *Mito y metafísica*. Buenos Aires, 1960. Y, de diversas formas, toda la obra de MERLEAU PONTY.

PAUL RICOEUR ha considerado con singular penetración la ontología del símbolo (cfr. especialmente, *La metáfora viva*. Madrid, 1980, VIII; *Finitud y culpabilidad*. Madrid, 1969, conclusión). FREUD: *Una interpretación de la cultura*. Méjico, 1965. En relación con la Escuela, y con la tradición realista, en general, RAHNER K., «Para una teología del simbolismo». En: *Escritos de teología*, IV. Madrid, 1961, pp. 283-321. BRETON S., *Etre. Monde, Imaginaire*. París, 1976. ROO W., *Man the symbolizer*. Roma, 1981. ORTIZ OSES A., *Mundo, hombre y lenguaje crítico. Estudios de hermenéutica*. Salamanca, 1976.

Atención aparte merecería WHITEHEAD (cfr. *El simbolismo. Su significado y efecto*. Méjico, 1969. Como estudios más particulares, en torno a una metafísica de la imagen simbólica, cfr. FISCHER-BARNICOL H. A., «Die Präsenz der symbolischen Erfahrung. Anmerkungen zu ontologischen Problem der Symbolforschung»: *Symbolon. Jahrbuch für Symbolforschung* 6 [1968] 107-136. BREHIER E., *Images plotiniennes, images bergsoniennes: Les études Bergson*. II. París, 1949, pp. 105-128. HARRIES K., *Coopernican Reflexions and the Task of Metaphysics*: *Int. PhilQuart.* 3 [1983] 325 ss.).

Hay otra línea interpretativa del símbolo que «reduce» las diferencias del mismo con respecto al signo, o que anula toda instancia de trascendencia. La tradición del empirismo y el positivismo, ciertas instancias funcionalistas, el estructuralismo..., consideran el símbolo en su vertiente objetiva, o en sus estructuras formales, sin recurrir a zonas subjetivas o de pretendida misteriosidad². El carácter terapéutico con que se presentan algunas de estas doctrinas, el rigor sistemático y aún científico con que afrontan su estudio son motivo para no evadirse de su llamada y su desafío crítico. Hablo, por ello, de interpretación «metaempírica» para situarnos en la frontera con estas interpretaciones «reductivas».

El trascendimiento de lo empírico que realiza el símbolo lo hace sin salir del propio ámbito de lo sensible, sin romper con él. La interpretación «metaempírica» hay que hacerla, por ello, al hilo de las interpretaciones empiristas, en cercanía y diálogo con ellas. La experiencia simbólica deja trasparecer contenidos tras-experienciales pero que —paradójicamente— se dan en la experiencia misma, como dimensión interior suya. Hablamos en lenguaje corriente de «*experiencias profundas*» y este símbolo de la profundidad en la experiencia puede servir para adentrarnos en eso que más técnicamente cabe llamar «experiencia metaempírica», no sin sustratos también simbólicos en su semántica, como pasa con tantos términos filosóficos estereotipados.

El símbolo y los planos de la «experiencia profunda»

Lo que llamamos «experiencia profunda» tiene un primer campo de aplicación ya en la misma sensibilidad, en la perspectiva espacial, en la captación de trasfondos, en las sensaciones cenestésicas. Estas experiencias abren un camino de interiorización que se va prolongando en las zonas de lo psíquico, lo anímico, lo existencial, hasta los espacios de la plena libertad del espíritu. Y no es por mera trasposición de semejanza. El existencialismo, por ejemplo, ha descrito la profundidad existencial del hombre como enraizada en el tacto profundo que me hace verme siendo yo mi propio cuerpo, y no sólo teniéndolo. La descripción podría dejar ver también lo íntimo de otras conexiones simbólicas, en esa misma línea de interiorización.

La experiencia profunda nos hace ver que en los hechos empíricos se hacen presentes componentes de otro orden metaempírico —anímico, ideal, estético,

² El simbolismo no es más que un dispositivo funcional en el conocimiento, como mecanismo recuperador de datos. Así: SPERBER, *Le symbolisme en général*. París, 1974. Para la perspectiva estructuralista cfr. vgr., LEACH E., *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos. Una introducción al uso del análisis estructuralista en la antropología social*. Madrid, 1978. GREIMAS A. J., *Sémiotique structurale*. París, 1966, con su ejemplificación final de un universo simbólico, el de BERNANOS.

etcétera—, revistiéndose en ello de poder alusivo, simbólico. Cómo van apareciendo en el símbolo esas sugerencias, cómo se van prefigurando órdenes y categorías, que luego una conceptualización o tematización elabora y fija, es algo tan delicado y, a la vez, tan complicado en la sencillez aparente de su expresión, como todo lo germinal. Entroncan en el símbolo lo sensible y lo espiritual, lo exterior y su cara interna, vivencial; lo dinámico y lo formal, la naturaleza y la libertad, lo fenoménico y lo real. Es —diríamos— algo previo al desdoblamiento de todos estos aspectos: conjuga íntimamente lo que un análisis objetivador disecciona tantas veces maniqueamente, y lo recompone de nuevo.

Esta idea dinámica de recomposición, subyacente etimológicamente en la misma palabra «símbolo», podría ser el eje conductor para una interpretación que fuera mostrando los planos de sugerencia que implica todo símbolo. Pero, por recomponer todos sus planos, el contenido originario evocado por el símbolo se nos va mostrando en niveles cada vez más ricos y concentrados:

1. La sensación del tacto profundo prolonga en hondura el sentir a través de esa tonalidad emocional o «grundgefühl» de base temperamental que acompaña inseparablemente a cada uno: se abre la zona de lo anímico, la interioridad del vivir, con afluencia y refluencia entre el yo viviente y el mundo: la sintonía dinámica que funde el paisaje y el alma, tan constantemente reflejada en la lírica y en la pintura. No es tanto una representación formal, cuanto simbiosis activa, vínculo dinámico emocional. La acción cósmica y la acción anímica sintonizan activa y receptivamente, como aceptación y donación de sentido.

2. Hay un nivel más hondo en el cual este orden de la «acción» se hace «acto»: en el mundo anímico de las emociones y las representaciones subyacen y van aflorando como trasfondo valores éticos o estéticos, como puntos de referencia firme: la unidad que preside un proceso o una obra artística, las exigencias de fidelidad y firmeza con que van configurándose las vivencias de la amistad o el amor, son ejemplos de esa concentración de contenido, aludida por la obra artística misma, o por un gesto o símbolo expresivo, tratándose del amor o la fidelidad. No son los valores o las ideas primariamente configuraciones formales: son raíces de valor, ordenadoras de una totalidad anímica o sensible, emergiendo de su dinamismo, como centros estables para una totalidad: en el pensar o el querer, la multiplicidad de elementos objetivos o de acciones se hace acto concentrado y unitario: la multiplicidad vital queda subsumida en un eje ordenador. La profundidad del sentir anímico se hace fondo firme, estable.

3. El nivel del acto —el espíritu— se descubre, de una parte, lastrado por el movimiento receptivo-impulsivo de la vida, pero por su cara más interior se revela como abierto a una espontaneidad total, como el presentimiento de un fondo sin fondo, de una libertad sin lastres, en la emoción religiosa.

El *símbolo de la profundidad* adquiere así niveles que se van subsumiendo,

al radicalizarse en *la hondura* del sentir emocional en la vida; en la concentración, más en la base, del idear, ordenador de la vida, como *fondo firme*; en libertad total, como posibilidad salvífica entreabierta y deseada, en el *fondo sin fondo* de la abertura religiosa.

La interioridad metafísica y sus constelaciones simbólicas

Los niveles primero y tercero, la interioridad anímica y el simbolismo religioso están más desarrollados en la tradición cultural, tanto en el uso como en su teorización. El papel de *una simbólica ontológica* es más delicado y no tan estudiado temáticamente en la tradición filosófica. Y, sin embargo, puede dar pie para un planteamiento muy adecuado de la metafísica. Veámoslo.

Simbolismo de inmanencia y trascendencia. La metafísica como dimensión del conocer humano

Hay que ver la metafísica, ante todo, como una dimensión de todo el conocer humano: esa peculiaridad de nuestro conocer intelectual-sentiente por la cual, en el ámbito de la experiencia sensible, se trasciende la mera impresión del estímulo, al revelarse la impresión como de realidad, como realidad verdadera³. Todo ese orden de *aprehensiones trascendentes*: realidad, ser, verdad, bondad, etc., frente a la mera estimulación, lo apariencial, sensible, múltiple, deficiente, etc., se muestra como *inmanente* al mundo mismo de lo sensible.

Este juego de inmanencia y trascendencia es una primera constelación simbólica —la más genérica— para acercarnos al conocer metafísico. (La más genérica, porque de ella van a derivarse por análisis especificador las siguientes). Transcender, pasar más allá o permanecer, son imágenes espaciales. Con

³ Si tomamos la definición empirista del conocer —es cierto que p, siendo p verdadera y creyendo yo en ello por las razones a favor de p— (HOSPERS J., *Introducción al análisis filosófico*. 1. Madrid, 1976, pp. 185 ss.), queda el conocimiento temáticamente reducido al orden proposicional, que en la tradición empirista, además, irá referido al orden de los hechos objetivos verificables. Si digo, en cambio, «conozco bien a esta persona» y entiendo que conocer bien a una persona es «revelármeme su intimidad», empleo dos símbolos --revelación e intimidad-- con un alcance menos preciso, pero más hondo y decisivo: el contacto íntimo que da una convivencia, los múltiples espejamientos simbólicos de su expresión y conducta, la dinámica profunda de la intersubjetividad —espiritual y emocional—, la aprehensión global, previa a la tematización objetiva, hace del conocer una presencia total, honda y mutua de dos sujetos, que no puede traducirse por ningún diagnóstico —por ejemplo, de un psicólogo— por detallado que fuera. Es el conocimiento por experiencia, contacto o trato (acquaintance) habitual, de que habla B. RUSSELL. (*El conocimiento humano*. Madrid, 3.ª edic., 1964, pp. 124 ss.), pero que él valora como aproximativo y todavía impropio, y lo es en relación a un conocer objetivo científico. En cambio, es el desconocimiento primero y por antonomasia en el conocimiento real de las personas, campo primero y el más adecuado en el conocer la realidad, por encima del conocimiento de la naturaleza objetiva.

ellas encontramos otras emparentadas, como la apertura, distancia o abstracción, enfrentamiento u objetivación, presencia o ausencia, con las cuales se ha caracterizado al conocimiento, su estructura sensible-metasensible, objetivo-subjetiva, que alcanza la cosa —*en mí*, pero como siendo en sí y de por sí.

* * *

Esta primera interpretación de la metafísica como conocimiento y su primera constelación simbólica la hemos llamado genérica o global. Si atendemos ahora al símbolo en general, es decir, a todo lo sensible en cuanto portador de contenidos metasensibles, trascendentes, encontramos que esto lo ofrece en dos direcciones: el símbolo nos abre a horizontes de universalidad, a través de la semejanza y convergencia de las imágenes (de los triángulos, al triángulo como tal), a través de conexiones de las imágenes concretas con totalidades más amplias (de la rama al árbol o del río al mar). Es *la relación entre imagen concreta e idea universal* que expresa la tradición filosófica con *el simbolismo de participación-totalización*, cabeza de constelación para un conjunto de imágenes emparentadas: *relación y comunión* universal; *parcelación, recepción, sintonía* y unificación con el todo.

Pero hay en el símbolo, a la vez, otra dirección semántica: lo sensible concreto es *reflejo de estructuras* concretas y profundas, representación de una realidad subyacente, más verdadera: se reflejan y expresan en él estructuras subconscientes, biológicas, fuerzas sociales, etc. No es sólo una semántica que busca en la imagen el concepto apuntado en ella. Es una hermenéutica, a través de múltiples ciencias que busca interpretar en las imágenes —las psicológicas inmediatas o las culturales— el reflejo de estructuras biológicas, físicas (pensemos vgr. en la interpretación de las imágenes en la microfísica), psicológicas o sociales. Es un *simbolismo de concreción o individualización*.

Estas dos direcciones significativas del símbolo —universalización y concreción— no son fijas: representan un movimiento oscilatorio: el movimiento mismo de la vida, individualizándose y comunicándose, abriéndose al espíritu universal y arraigándose en el subsuelo espacio-temporal, interiorizándose y expresándose. Es la vida misma como simbolización: «Tu vida es ante tu propia conciencia la revelación continua, en el tiempo, de tu eternidad, el desarrollo de tu símbolo; vas descubriéndote conforme obras»⁴.

Podemos, pues, concretar, aunque sea esquemáticamente, estas tres dimensiones enlazadas del simbolismo metafísico en los apartados que siguen.

* * *

⁴ UNAMUNO M., *Ensayos*. I. Madrid, 1970, p. 241 (del ensayo: «¡Adentro!»).

Simbolismo de participación y totalidad. La metafísica como
«pensamiento del ser»

Recogiendo lo antes dicho, hay en el símbolo una abertura universal, como *un abreviado y síntesis del universo*, que pone en relación la imagen concreta con las totalidades, con el todo del ser, como *campo transcendental*: es el «todo en todos», la presencia y gravitación del universo en cada rincón o átomo del mismo. La *trasposición metafísica y cosmovisional del símbolo*, aun cuando haya sido criticada —por Topitsch, verbigratia—⁵, no deja de ser legítima, precisamente si se mantiene en el campo transcendental, abierto a todas las tensiones, sin fijar unívocamente los marcos de significación, sin anular las ambivalencias; sin ello vendría ciertamente a caerse en un uso «ideológico», de imposición abusiva, de los esquemas metafísicos. Las críticas de la «ontologización» del símbolo son una ayuda para superar estas deformaciones, no para invalidar la legitimidad de un simbolismo cosmovisional.

Cabe situar aquí las «filosofías del ser», como filosofías de la participación en el Todo, en el Ser Absoluto: «pensar es pensarlo todo»⁶, en esa dimensión de absoluto, uno y necesario en que nos lo colocó ya la especulación griega.

Simbolismo de «representación» y realidad, de concreción e individuación.

La metafísica como interpretación de la realidad concreta,
a partir, especialmente, de las ciencias

Es la realidad de las cosas la que se nos va revelando en su aparecer como por transparencia. No es la solidificación del fenómeno en una especie de «fenómeno-óptica», ni es la disociación entre fenómeno y cosa de fondo como una «x» vacía e incognoscible. Tampoco vale la concepción corriente del símbolo, disociado de la realidad lejana a la que alude, como una mera semejanza extrínseca: es más bien el modo concreto y vivo como en todo el aparecer sensible va traspareciendo la presencia de la realidad en su unificación individual, previamente a toda objetivación o reflexión filosófica derivada. Esto se hace más patente todavía y más explícitamente simbólico en las personas, en la unidad simbólica «prosoyon-hypostasis», «sujeto y máscara»: entre la realidad personal y su expresión en el semblante, las palabras y la conducta.

⁵ TOPITSCH E., *Von Ursprung und Ende der Metaphysik. Eine Studie zur Weltanschauungskritik*. München, 1972.

⁶ ARISTÓTELES, *De Anima*. III, 4/429a y b. MAX MÜLLER, *Persona y función*. Méjico, 1965, pp. 17-18.

Simbolismo y metafísica (La interpretación «metaempírica» del Símbolo)

Simbolismo de oscilación dinámica, dialéctica. La vida misma como símbolo en su expresarse. La metafísica como dialéctica de «invención» y creatividad, como filosofía de la vida y de la historia

Hay un cuarto aspecto, que también apuntábamos, en el empalme de simbolismo y ontología: el carácter simbólico y revelador de los procesos fenoménico-sensibles: el ocultarse y revelarse de la naturaleza y de la vida, del mundo personal y del espíritu en un proceso finalístico convergente, en un dinamismo dialéctico de expansión-concentración, que deja entrever un Absoluto en juego con todo el campo relacional y procesual de la experiencia.

Los símbolos dinámicos de la irradiación luminosa, de la vida misma y los procesos del espíritu en el simbolismo de sus expresiones; los símbolos dialécticos, como tensión de procesos contrarios, tienen una larga historia en las tradiciones del pensamiento y de la cultura.

Hay en estas dimensiones simbólicas, a la vez, una ordenación entre los tipos de ontología más frecuentes, o entre los ámbitos de una ontología amplia y bien integrada: 1) interpretada la primera constelación como supuesto introductorio y marco general —el conocer metafísico en su doble dimensión de inmanencia y trascendencia—; 2) el ser y la participación nos abre al estudio de los grandes planos quidditativos y trascendentales en que se mueve «el pensamiento del ser», ahondando en sus raíces y condiciones últimas, hasta el Ser Absoluto. 3) La realidad, en su aparecer y realización concretos, nos lleva al estudio de las cosas y personas en sus reales estructuras concretas, sus diferentes tipos y niveles de concreción, integrando en este estudio los resultados de las ciencias experimentales, dentro también de su alcance real de conocimiento estructurado. 4) El devenir y el Absoluto, desde el movimiento simbólico expresivo de la acción y la vida, nos introduce en la sintonía —activo-receptiva—, en la simbiosis con el universo en que consiste la vida, en la relación de «presencia» interpersonal, yo-tú, del espíritu y la persona, y nos abre a un «encuentro» superior con el Tú Absoluto, «el Tú de todos» (Machado), el «Tú de toda la vida» (Buber), Fuente de vida y de sentido.

En esta concepción del simbolismo, como articulación de universalidad y concreción, de inmanencia y trascendencia, de dinamismo concreto e interiorización convergente hacia el centro, se refleja la estructura abierta del hombre como corporeidad y sensibilidad concretas a la vez que como pensamiento en dimensión de universalidad, resonador del universo y de la totalidad de lo existente. No es una universalidad empírica, de agregación sucesiva de totalidades, que va ofreciendo la experiencia: es la fuerza con la cual, al pensar las realidades concretas como «siendo», las pensamos en unidad absoluta, en el todo del ser, y a la vez como concreción real, en cada una de las individualidades. Esta razón de «absoluto», inherente a todo acto del espíritu, desborda ciertamente el sentido y el alcance de toda concreción simbólica, pero a la vez —ineludiblemente— se nos da como ligada, como lastrada y —juntamente— posibilitada por el material empírico simbólico que en sus mismas expresiones

subyace. Estas líneas de trascendimiento metafísico que apuntábamos hay que verlas como interiores, como inmanentes al símbolo mismo. Es lo que ahora hay que considerar.

*El contenido «metaempírico» o «metafísico» del símbolo
como interior al símbolo mismo*

El estudio de estas dimensiones metafísicas del símbolo ahora expuestas hace posible contemplarlas como esbozadas en el mismo material sensible y objetivo, y hace posible interpretarlas desde las estructuras empíricas en que se nos ofrecen. Pueden conjugarse todos los planos interpretativos que se cruzan, por ejemplo, en el estudio de la «metáfora viva». Es la «vía larga», como dice Paul Ricoeur⁷, que nos permite sondear la ontología fundamental, pero con las garantías que nos da el estudio objetivo de las mediaciones —en este caso los símbolos— a través de los cuales se nos revela. Este tratamiento del símbolo es susceptible de que sea científico en sus diversos planos; lo que no puede ser tratado científica y objetivamente en su núcleo más original, la diferencia transobjetiva que en él se nos muestra: como interioridad vital, como fundamento ontológico, como transfondo último. Estos aspectos transobjetivos la ciencia los pone entre paréntesis, desde el momento que se queda en el campo de lo perfectamente objetivable, prescindiendo de toda condición subjetiva. La hermenéutica, en cambio, recoge todas las aportaciones del análisis objetivo, pero los está cambiando de plano «interpretativo» en cada parte y en cada detalle: hay un entreleer, un interceptar, un entrecruzarse constante de una «presencia» que desborda, subsume, se anticipa hacia adelante y recoge todo lo de atrás, sin poderse sujetar a lo lineal homogéneo científico. Todo el avance de precisiones que la ciencia va ofreciendo en el análisis del símbolo abre campos de sugerencias y posibilidades expresivas nuevas para la captación del símbolo. Pero todas esas aportaciones corren en una línea que llamaríamos horizontal, y no guardan correlación homogénea estricta con los vislumbres «verticales» —llamémoslos así—, de intuición e invención innovadora en que se mueve la «trasposición» y la interpretación simbólica.

Por eso, aunque la zona de lo trascendente se nos revela en lo sensible, no quiere decirse que esté concretada en un factor empírico más, aislable o controlable. Tampoco es una «intuición», al modo como Bergson la concibe, que pueda darse prescindiendo de símbolos, sobrepasándolos en tal sentido⁸. Es más bien una «co-presencia», captable a una con la visión global, no aislable, sugerida por los contenidos sensibles, pero sobrepasándolos. Co-presencia, raíz intuitiva, aprehensión en la globalidad, revelación en sintonía dinámica, son

⁷ RICOEUR P., *Hermenéutica y estructuralismo*. Buenos Aires, 1975, pp. 10 ss.

⁸ BERGSON H., *Oeuvres*. París, 1959 (Edit. du centenaire) (Introduction a la métaphysique), p. 1.396.

expresiones para sugerir lo más peculiar de la «trasposición» simbólica, relacionables con todos los elementos estructurales que un análisis lingüístico o técnico puede ofrecer como acercamiento, pero no reductible a cualquiera de esos elementos «objetivables». En última instancia habría que decir, como redundancia, que lo más original del símbolo sólo se deja aludir y captar simbólicamente.

En esta línea apuntada de sensibilización de la trascendencia metaempírica las filosofías empiristas, la analítica del lenguaje, muy particularmente, pueden ofrecer instrumentos valiosos para acercar al campo de lo empírico de las experiencias controlables todo el mundo de los conceptos y esquemas filosóficos, y en este sentido cabe tratar también los símbolos. Es como el tratamiento de la profundidad en el plano: las reglas de la perspectiva hacen posible su representación. Así se hace también posible una trasposición empírica de los trasfondos metaempíricos, con mayor o menor cercanía. Pueden tratarse funcionalmente o estructuralmente o analíticamente las expresiones lingüísticas en que se plasman. El equívoco estaría en suponer que la profundidad real del espacio es ilusión y que lo único a que podemos atenernos es a la perspectiva representada en el plano.

Para discernir la trascendencia en la inmanencia, la filosofía necesita replegarse sobre las bases de experiencia en que descansa, sondear el suelo firme sobre el cual evaluar la solidez de unas u otras construcciones, del pasado y del proyectarse hacia el futuro. Este es precisamente el campo de las simbólicas: es el subsuelo del que por necesidad se nutre toda metafísica. Se caracteriza ésta por destacar *contenidos que superan* lo sensible y experiencial, pero contando precisamente con que esos contenidos sólo en lo sensible y experimental pueden ofrecérsenos. Entonces tenemos que ver cómo todos los aspectos ahora indicados como trascendencia metafísica están precontenidos y ofrecidos en el ámbito sensible, determinado como sensible precisamente en cuanto esos tales contenidos son «trascendentes». El desafío de Kant —la paloma que no puede sobrevolar la atmósfera— es un hito definitivo para la filosofía. No se anula con ello la trascendencia, reaparece desde dentro. No es que la paloma supere o pueda volar más allá de la atmósfera, hacia el sol: es el sol mismo el que se hace presente, en su irradiación, al interior de la atmósfera.

El problema de la superación del plano, de la perspectiva plana a la profundidad real del espacio puede presentarse —igualmente— en forma inversa, como única forma de solución. Si partimos de la perspectiva como representada en el plano ¿en qué podríamos apoyarnos para inducir desde ahí la existencia de una profundidad real? Puesto así el problema, no es posible saltar al espacio real, estamos atrapados de antemano. Y en este sentido el reduccionismo estructuralista, funcionalista o analítico no son fácilmente superables: el delineante no puede jugar en sus planos más que con un espacio representado en el plano. El camino de salida no es el de trasponer el espacio representado en espacio real. El camino de salida es inverso, es descubrir que el espacio representado se ha hecho posible desde el espacio real, como previo.

*La interpretación abierta del símbolo y la recuperación
de la metafísica, desde las raíces de la vida*

La trascendencia del símbolo no es por trasposición que pueda ser ilusoria. Descubrimos más bien que en el símbolo se hace presente como «reflejada» una profundidad real que nos desborda. La zona de trascendencia —sea espiritual, anímica o religiosa— no puede ser, por ello, campo de seguridad y control por parte nuestra. Plantear así el tema sería quedarnos encerrados, de principio, en el aplanamiento que excluye la tercera dimensión. La trascendencia no es trascendimiento, es más bien inmanencia de lo trascendente: es descubrir que el ser, el sentido o la gracia son *un don* antes que *un dato* ya dominado con seguridad desde nosotros. Superar en el pensamiento contemporáneo la perspectiva inversa, reduccionista, tan en consonancia con la mentalidad científica, supone una revolución en las actitudes básicas del pensar: mejor, una «involución» —en su mejor sentido—, más que una «revolución»: es una «recuperación» más que una proyección de nuevos «paradigmas»: es un emplazamiento de la ciencia y esquemas afines de control objetivo, en tensión dialógica con un pensamiento que vuelve del revés su esquema metódico, pero que no lo niega, antes lo alimenta y lo potencia como su envés.

Quisiera hacer ver, por tanto, que en esta valoración del símbolo y —más en concreto— en la ordenación de las constelaciones propias de la simbólica ontológica, no hay un mero juego de articulaciones ingeniosas, se trata de descubrir *el entronque antropológico del simbolismo metafísico*. Etronque antropológico en un doble sentido: es *el entronque existencial* del hombre como arraigado en la tierra y abierto al más allá, concreto y universal, los dos polos de la simbolicidad. Y es *el entronque del hombre* —en la antropología social— *con su cultura* y con el ecumenismo de todas las culturas, hacia el cual hoy nos abrimos. Las culturas son precisamente universos simbólicos y no es difícil advertir esa misma convergencia, sin forzar sus disparidades: la constante de trascendencia religioso-moral del hombre y la constante de arraigo geográfico, racial, tecnológico y social: la *cosmovisión de totalidad* y la *concreción real*.

En los períodos de crisis, los períodos de «Ilustración», la filosofía lucha contra el embrujamiento de la razón por el lenguaje, como proponía Wittgenstein⁹, y las simbólicas se interpretan como meros juegos estructurales, como formalismos lógicos vacíos. Cuando la esterilidad y el «autismo» dejan estos esfuerzos en un callejón sin salida, es de nuevo la vida la que recobra en su receptividad y en su espontaneidad libre la densidad de contenido concreto y la abertura al infinito.

No se trata, pues, sólo ni principalmente de un problema epistemológico, y

⁹ WITTGENSTEIN L., *Philosophische Untersuchungen*. Schriften 1. Frankfurt am Main, 1969, nº 109, p. 342.

Simbolismo y metafísica (La interpretación «metaempírica» del Símbolo)

menos de pura razón. Es, ante todo, un problema existencial: los símbolos son vehículo de expresión en la vida y el desarrollo libre del espíritu están sofocados en condiciones vitales inadecuadas. El desequilibrio, la artificialidad, el exceso de racionalización en la planificación de la vida, la distancia entre el hombre y la naturaleza que en la revolución técnica ha ahondado audazmente, lo tienen en condiciones excesivamente tensas. La borrachera de su propio poder demiúrgico —como aprendiz de brujo— le van introduciendo en condiciones de vida muy apuradas, y a veces la asfixia se hace amenazante. La superación del subjetivismo, que hoy de tantas formas viene anunciándose, está todavía lejos de cumplirse en herencias muy gravadas de antropocentrismo. El estudio del símbolo, que ha cobrado tanto auge en nuestra época, es, no obstante, un síntoma y una pista de superación... Hace falta dejarse ganar de nuevo por el amor al mito y al símbolo, si queremos que el amor al saber riguroso y metódico no se empobrezca a espaldas de la vida y no pierda su papel de orientar desde dentro la misma vida, en vez de limitarse a manipularla tecnológicamente.